
Rincón del memorialista

UN RECUERDO INFANTIL

Vemos a Joaquín Costa encerrado voluntariamente en su rincón aragonés de la antigua Ribagorza, entre las estribaciones pirenaicas, en Graus, en casa de su hermana mayor Martina. Hallaba en aquel ambiente solitario y silencioso, clima adecuado para su estudio y trabajo.

Alguna vez requirió la presencia de la pequeña Luisa, sobrina suya e hija de su hermana Vicenta que, por hallarse en completa orfandad, convivía con su tía Martina, sin ver a su tío, encerrado entre las cuatro paredes del estudio. Eran escasas las veces en que su naturaleza, muy fatigada, exigía breve descanso. La inocencia e ingenuidad de la pequeña, de cinco años, servían de lenitivo a los dolores de un espíritu atormentado. Ambos, mano a mano, dialogaban:

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor? —preguntaba el sabio.

—No sé, no sé —respondía la niña.

—Serás maestra —respondía él.

—No, no —decía la pequeña—, porque la maestra da palmetazos en las manos y las niñas lloran.

Era su propia experiencia la que hablaba por su boca, pues había sufrido en el parvulario, cuando desatendía las señales del puntero que marcaba una letra del alfabeto en el tablero de madera.

—Bien, entonces —decía Costa— te enseñaré algo que te gustará. Vámonos a la terraza.

Efectivamente, en la parte posterior de la casa, una terraza permitía disfrutar de un panorama singular. Las sierras dentadas de las montañas que servían de marco al paisaje y el discurrir de las aguas del Esera y el Isabena, se conjuntaban pocos kilómetros más allá para servir de afluente al Cinca. Y entre las brumas del la boira (niebla) un modesto molino se divisaba. Costa y Luisa seguían charlando.

—Ahora —decía el sabio— tienes que bramar hasta que te oiga la molinera.

—No, no —decía la chiquilla—, eso lo hacen los burros.

—¡Ah, sí, pues yo también sé!

Y remedando al modesto cuadrúpedo, Costa rebuznaba.

—Ahora tú, pero muy fuerte.

Convencida la pequeña lanzaba gritos para ser oída. Reía el gran hombre, reía con fuerza desalojando el aire enrarecido de sus pulmones. Y, tras breve diálogo, se separaban.

Poco tiempo después, Tomás Costa, el más pequeño de los hermanos, residente en Madrid, se hizo cargo de la pequeña huérfana y la llevó consigo encerrándola en un internado. Tras esta época viajó Joaquín Costa a Madrid, a fin de consultar obras en la Biblioteca del Ateneo, situándose en un hospedaje próximo a aquella entidad cultural. Y acordándose de su ingenua interlocutora deseó recordar su interrumpido diálogo. Más el tiempo había modificado el talante de la pequeña; un familiar la llevó a su presencia, vestida con uniforme colegial. Frente a frente se situaron tío y sobrina, pero el implacable olvido hizo sentir temor a Luisa ante aquella imponente figura y bella cabeza leonina. Apenas contestó a su tío y éste, cansado de su monólogo, dijo a su familiar: «Llévatela; la han atontado las monjarronas». Esta penosa escena tuvo lugar hacia 1908. Jamás volvieron a verse ambos.

EL AUTOR

Luisa Pueyo Costa (1901-1988) dirige una mirada retrospectiva y evoca con respeto y cariño la figura de su tío, a quien prometió ser Maestra, pese al temor de los palmetazos. Hizo así la carrera de Magisterio y los estudios facultativos de la Escuela Superior, permaneciendo durante cuarenta años en el ejercicio de su labor profesional.

